

Dr. Sergio Altamirano.

A manera introductoria, quisiera expresar algunas reflexiones, que sirvieran como punta de partida para iniciar esta mesa de discusión coordinada sobre la enseñanza del psicoanálisis.

En primer lugar, me parece que el tema a tratar resulta, por su naturaleza, lo suficientemente amplio y complejo por lo que no es de extrañar el que se afirme que existen múltiples maneras de encararlo; diversas perspectivas desde las cuales se puede enfocar y una gran cantidad de aspectos, que en un momento dado, y a gusto del investigador pueden ser destacados. Uno de estos aspectos, al que siempre se le ha concedido gran relevancia es el teórico. Ya el mismo Freud, en su trabajo Análisis profano de 1926, hacía el siguiente comentario, en relación a las materias que consideraba necesarias de impartir a los aspirantes a convertirse en psicoanalistas:

Si (cosa que en la actualidad puede sonar fantástica) uno tuviera que fundar una escuela de psicoanálisis, en ella deberían enseñarse muchos elementos que también se enseñan en las facultades de medicina: además de psicología profunda, que siempre constituiría la materia principal, tendría que incluirse una introducción a la biología, la enseñanza exhaustiva de



la ciencia de la vida sexual, y permitir al estudiante familiarizarse con la sintomatología de la psiquiatría. Por otra parte, la instrucción analítica incluiría ramas del conocimiento alejadas de la medicina, con las que el médico no tropieza en el curso de su práctica: historia de la civilización, mitología, la psicología de la religión y la ciencia de la literatura. A menos que se halle bastante familiarizado con dichos temas, le resultará imposible al analista interpretar buena parte de su material.

Tal vez a Freud le faltó agregar otras materias, como semiología, filosofía, simbolismo, economía política y las diversas aportaciones de múltiples autores que, en la actualidad y en forma obligada, aunque sea en el papel, ocupan un lugar en nuestros planes de estudio.

Desde mi personal apreciación, el desarrollo de un modelo conceptual eminentemente teórico, orientado a la búsqueda de un instituto psicoanalítico ideal, aunque metodológicamente resulta posible, me parece que encierra bastantes riesgos. Uno muy importante: desconectarse de ciertos hechos de la realidad que resultan medulares para lograr una enseñanza adecuada. Por ejemplo, una posición acentuadamente especulativa, tenderá a relegar a un segundo plano aspectos de carácter práctico como: los prerrequisitos de estudio que se piden a los candidatos, los procedimientos de selección, la necesidad o no necesidad de instrumentar procesos evaluatorios dirigidos, tanto a maestros como

alumnos de los cursos de formación.

Pero, además, algo que es muy importante, el modelo eminentemente teórico cancelará todo posible acceso a la comprensión dinámica de las políticas de la enseñanza, que todos los institutos abierta o subrepticamente instrumentan y aplican en su funcionamiento. Aspectos todos que son determinantes para un armónico desarrollo del proceso enseñanza-aprendizaje, ya que por acontecer en el plano de las relaciones interpersonales, si no se encarar de una manera franca y radical, pueden llegar a detonar perturbadoras reacciones afectivas en todos los integrantes del grupo de maestros y alumnos.

Opino que la teoría es un marco referencial que ayuda a una mejor comprensión de la realidad, pero jamás la sustituye. Que muy especialmente en el tema que esta mesa pretende abordar, debemos evitar la seducción que ejerce el deslumbrante fulgor de la teoría. O si ustedes me permiten expresarlo en forma alegórica, como en el antiguo cuento de Buhai, acerca de un señor que amaba tanto a los dragones, que los tenía tallados o en pinturas por toda su casa y cuando de esto se enteró el verdadero dragón celestial, se puso tan contento que voló a la tierra, llegó a la casa del señor y metió su cabeza por la puerta y la cola por una ventana... pero, al verlo, el señor huyó despavorido a punto de enloquecer.

Yo propondría por lo tanto, orientar la discusión de esta mesa, centrándola más en el campo de la praxis que en

la del acontecer teórico.

Si el tema a tratar es la enseñanza del psicoanálisis, pienso que también sería pertinente precisar, aunque pueda parecer redundante de primera intención, cuál es la naturaleza de la materia objeto de enseñanza. Trasciende a las diferencias que existen entre las distintas corrientes de pensamiento, el hecho por todas las escuelas aceptado, de que el psicoanálisis, por su naturaleza, tiene que ser concebido en su triple función de teoría de la personalidad, método de investigación y procedimiento terapéutico. Ante esta situación, la inquietud que en mí surge al respecto es la siguiente: ¿nuestras actuales capacidades de enseñanza cubren cabalmente todos estos aspectos? Me rehusó adherirme a una ingenua posición teórica, bastante idealista, que concibe que nuestro laboratorio será el sagrado recinto analítico, que la asistencia a varios seminarios y el contacto con algunos pacientes darán adecuada experiencia terapéutica y que el simple florecer de las potencialidades creativas e imaginativas desarrollará per se una mente sólidamente especulativa, condicionada para realizar originales aportaciones teóricas.

Comparto la manera de pensar de Anna Freud, en el sentido de que: "La tarea del analista no reside en crear (o inventar) nada, sino en observar, explorar, comprender y explicar". Pienso que, para cubrir todos esos aspectos, muchos factores deben intervenir, a saber: una adecuada selección de candidatos, un cuerpo de profesores sólidamente

capacitado en campos específicos de la teoría, la investigación y la técnica terapéutica y una gran inversión de tiempo; tiempo utilizado para asimilar información, para la reflexión, y para una muy prolongada y sistemática observación y relación con los pacientes.

Con respecto a este punto, quiero también mencionar algo que es producto de mi observación personal: he conocido gentes interesadas en tener acceso a cursos de formación en psicoanálisis, así como también candidatos a entrenamiento, pero para quienes la actividad terapéutica no significa la meta primordial en su objetivo. Su interés más bien se enfoca en adentrarse en el campo teórico de la especialidad o en la búsqueda de las aplicaciones teóricas del psicoanálisis a otros campos o especialidades. ¿Qué hacer con estas personas? ¿Cerrarles todo acceso a la formación profesional? ¿Instrumentar cursos especiales? o, ¿desarrollar, como en otras carreras, un plan de estudios que contemple un tronco común, y, posteriormente, áreas de subspecialización?

A propósito, cabe también la posibilidad de traer a esta mesa de discusión, un ya antiguo problema relacionado con las prácticas restrictivas que rigen a la selección de aspirantes al proceso de capacitación analítica. ¿Seguirá siendo válido que únicamente médicos y psicólogos puedan tener acceso a nuestros cursos de formación en psicoanálisis, con la exclusión de mentes potencialmente creadoras de esferas afines? Y, de no ser así, ¿a qué otro

tipo de personas o profesionales se podría admitir y qué criterios selectivos utilizar en tales casos?

Esto nos lleva a mencionar otro aspecto que me parece sería de gran interés incluirlo en la discusión, y es precisamente el relacionado a los procesos de selección de los candidatos.

No es infrecuente escuchar, por boca de los propios alumnos y de algunos analistas, argumentos que intentan ilustrar el carácter francamente persecutorio que encierran estos procesos y las dudas acerca de su utilidad.

Es inegable, como Kohut señala, la influencia que el procedimiento de selección en sí ejerce sobre el aspirante. Y cómo, de entrada, plantea una situación aparentemente paradójica: a diferencia del procedimiento psicoanalítico, donde el tiempo deja de tener significancia, estos procesos de selección tienen que ser realizados con relativa rapidez y generan decisiones inmediatas, que muchas veces determinan la negativa de ingreso al curso de un candidato.

La opción a plantearse sería pues, si existen argumentos contundentes que demuestren la no necesidad de aplicar estos procedimientos de selección.

Por mi parte, me atrevo a sostener que dichos procedimientos son un mal necesario, que sin caer en la exageración de exigir a los candidatos cualidades ideales, ajenas a los mismos analistas, funcionan a manera de filtros para detectar casos graves de psicopatología, como serían las personalidades antisociales o los procesos psicóticos

severos que invalidan por razón natural para desarrollar una actividad psicoterapéutica; o que, en otros casos, contribuyen a detectar a personas con evidente carencia de vocación que, de ser aceptadas a los cursos, sólo propiciarían deserciones a corto plazo, si no es que ulteriormente, actitudes hiatrogénicas. Asimismo, no debe pasarse por alto, el compromiso ético de los profesionales encargados de la enseñanza, de pacientes que, a futuro, habrán de acudir con los alumnos en formación.

Por lo que se refiere al problema del tiempo, creo posible ilustrarlo, transcribiendo un fragmento del trabajo de Anna Freud, presentado en el Instituto de Psicoanálisis de Chicago en 1966 y, que a mi juicio, mantiene vigencia:

Tal como ocurriera unos cincuenta años atrás, los aspirantes todavía pasan la mayor parte de su día de trabajo en un contexto no analítico, entregados a prácticas no analíticas. Todavía asisten a seminarios y conferencias de carácter clínico y teórico por las noches, o durante los fines de semana, vale decir, ya cansados y poco receptivos, en momentos en que, por propio derecho, deberían dedicar su tiempo al ocio, a su vida personal y a la prosecución de intereses propios en el seno de sus familias. Todavía asisten a conferencias que dictan algunos miembros de la profesión que dedican el poco tiempo que les queda libre a la enseñanza, a menudo contra sus inclinaciones reales y con demasiada frecuencia sin haber

desarrollado ninguna habilidad técnica. A los aspirantes les queda poco o ningún tiempo libre para dedicarlos a la lectura, aparte de la necesaria para cumplir con los requerimientos más urgentes del curso o para satisfacer intereses teóricos espontáneos. Por lo que he podido observar, no existe ninguna otra disciplina seria y con metas ambiciosas en que se adopten esquemas de capacitación más propios de una tarea de dedicación parcial que de cualquier otra cosa (esquema que, por añadidura, se espera resulten eficaces).

Por lo que se refiere a los programas y cursos de seminarios teóricos, me parece que el problema radica, no tanto en la cantidad de información que se maneja, sino en la calidad de ésta y en el interés, entusiasmo y dedicación con que el alumno realiza la tarea. Lo importante no es que el alumno lea, sino que lo haga con entrega.

Sólo una inquietud: ¿qué tan útil puede resultar incorporar en los aspectos teóricos el estudio de las modificaciones de la técnica para ser aplicada en la psicoterapia de niños y pacientes psicóticos?

Para finalizar esta introducción e iniciar el debate, sólo quiero referirme a las dos experiencias que considero esenciales en la capacitación del candidato como psicoanalista; me refiero al análisis didáctico y a la supervisión. Supongo que en estos requisitos, el consenso es unánime y que si se presta a discusión ésta será más de

forma que de fondo.

Es mi personal convicción que una cosa es realizar un curso formal de psicoanálisis y otra muy diferente el hacerse psicoanalista. Como en el antiguo cuento que al inicio referí, el realizar el curso equivale a adquirir tallas y pinturas de la bestia; pero es sólo el análisis personal -que, para llegar a ser didáctico tiene que confrontarse sin concesiones, de una manera drástica y radical- el que permitirá no que el dragón venga a nuestro encuentro, sino que nosotros, a la manera de Orfeo, seamos capaces de descender a nuestro propio infierno, a enfrentarnos con los terrores de nuestra irracionalidad. Tal vez entonces la sentencia latina: "Soy hombre y por lo tanto nada de lo que es humano me es extraño", adquiere un sentido y tal vez entonces se ha llegado el tiempo de iniciar nuestra función como psicoanalistas.